

LA REVISTA LITERARIA

PERIÓDICO HEBDOMADARIO DE LITERATURA

DIRECTOR — José Antonio Tavalara.

REDACTORES — Julio Herrera y Obes, Eliseo F. Outes, Gonzalo Ramirez, José Pedro Varela, José Maria Castellanos.

La conmemoracion de los muertos.

Hoy es el día de la conmemoracion de los muertos. en el que todos van á dejar sobre la tumba de los seres queridos, que han abandonado este mundo, una corona de siemprevivas ó una corona de brillantes: algunas flores ó algunas lágrimas.

La *Revista Literaria* quiere llevar tambien, no á una tumba derminada, sino á la inmensa huesa de todos los que han sucumbido, su tributo de recordacion y de dolor.

No es una lágrima pesarosa la que venimos á arrojar sobre las tumbas; no es un grito de desesperacion y de amargura, el que nos arranca el recuerdo de los combatientes, que han caído en ese inmenso campo de batalla que se llama la vida; no es una palabra de duda la que murmuran nuestros lábios: es una palabra de esperanza, de resurreccion y de fé.

Al borde de la tumba, ese tenebroso abismo que aterra á los que ponen la mano sobre la aldaba de los sepulcros, con la conciencia agobiada bajo el tremendo peso de sus faltas, nosotros nos sentimos afirmados en nuestras creencias; alentados en nuestras esperanzas; robustecidos en nuestra fé.

A través del tupido crespon de la tumba, de la sombría noche de la muerte, entreveamos el porvenir; ese porvenir brillante que promete al justo la recompensa de sus virtudes; que por cada gota de amargura que apuremos en esta vida, por cada gota de llanto que derramemos, por cada gota de desengaño que destroce el corazón, por cada gota de martirio que calcine el alma, nos promete las inefables esperanzas de la virtud, las sublimes ilusiones de la inocencia, las infinitas alegrías de la justicia.

A través de las lágrimas que asoman en nuestra pupila, lágrimas que nos arranca el recuerdo de los seres que amamos, y de los que la muerte inexorable nos separará; á través de todos los pesares que levanta en nosotros, la ausencia de los seres queridos, esos pedazos de nuestra alma que no volveremos á ver mientras dure la transitoria vida de este mundo; á través de todas las agonías del corazón, divisamos la inmensa irradiación de la inmortalidad, la peregrinación divina de las almas, en el mundo infinito de los espíritus.

Salida del seno del Creador, el alma humana, como la Minerva del paganismo, se encarna para entrar en el combate incesante de la vida, y, como aquella, toma las alas

de la divinidad para volver al cielo, cuando la materia, vencida por el dolor, cae desfalleciente en el terreno de la lucha.

La puerta del sepulcro, que para la mirada material del cuerpo, es la pavorosa boca del abismo; es para la límpida mirada del alma, la radiante puerta de la felicidad.

En torno al lúgubre lecho del moribundo, se cierne el coro de ángeles, para recibir al alma libre que rompe los lazos de la materia.

No es un himno de dolor el que debemos entonar sobre las tumbas; es un *hossana* de alegría. Morir es vivir.

La contrita plegaria de nuestra alma, las fervorosas lágrimas de nuestro corazón, no debemos llevarlas á los sepulcros. Los muertos no las necesitan.

Lloremos por los que viven; recemos por los que peregrinan en la tierra.

Ultimo grado de descenso en la escala del sufrimiento, el mundo es el verdadero infierno!

Todo en la tierra es una aspiración continua hacia la divinidad. Caídos al fondo del abismo, nuestro deseo es alzarnos. Los que mueren, suben.

Ángeles malditos que rompieron en un día sin nombre, el misterioso cristal de su inocencia, venimos á purificarnos al calor de nuestros dolores.

La cárcel de la materia aprisiona nuestro espíritu; el látigo del desengaño destroza nuestras carnes; el olvido, esa muerte mundanal nos roe.

Como en los círculos de Dante, damos el primer paso en el camino del dolor y no podemos detenernos.

Al asomar á la vida, la amargura es una fuente; al salir de ella, es un mar. En la niñez la bebemos á sorbos, en la vejez nos ahoga.

El majico vidrio del escepticismo nos presenta cada vez mas lúgubres los sombríos cuadros de nuestra existencia. La maldición de Dios, pesa sobre el mundo y lo sofoca.

Almas desterradas de la patria celestial, como á los habitantes del celeste imperio, la nostalgia nos asesina lentamente. La vida es una agonía.

Un hábito de dolor empaña siempre los mas puros cristales del alma. Como el aire, el olvido, ese sepulturero de los sentimientos, se esparce por toda la superficie de la tierra.

Considerada por el mezquino prisma de nuestras pasiones, á través de los pequeños horizontes mundanales, la muerte es el abismo; caer á él, es caer al olvido.

La verdad, desnuda y aterradora, como la espada del Arcángel, nos señala las miserias de la existencia.

Ella nos muestra que, cuando la tierra cubra nuestros despojos, no quedará de nosotros en el mundo mas que un nombre grabado sobre una piedra, pero borrado en todos los corazones.

Jóvenes, si morimos, sabemos bien que el viento que levante un eco al quebrarse contra las lozas de nuestro sepulcro, no encontrará á la mujer que nos amaba, arrodillada lacrimosa ante nuestra tumba. Hijo del hombre, el amor, muere con él.

Viejos, sabemos que la yerba que crezca en nuestro sepulcro, y cubra nuestra lápida y oculte nuestro nombre, no será cortada por nuestros hijos, que solo se acordarán de él para explotarlo.

Hombres, cualquiera que sea la edad ó la fortuna que nos acaricie, sabemos que la afilada cuchilla de la muerte, corta á la vez el hilo de la vida y la página de los recuerdos, y que, para dejar una sombra en la pared ó una sombra en el alma, es necesario que el cuerpo esté presente. Sin materia no hay sombra.

El profundo misterio de los sepulcros nos aterra. La tumba es el abismo; caer á él, es caer al olvido. El olvido es la verdadera muerte.

Encerrado entre el círculo de sus dolores, el hombre solo tiene cabida para sus propias penas; solo tiene memoria para sus miserias.

Como entre el ruido de las olas, el ¡ay! desesperado del naufrago—entre el violento choque de sus pasiones, el ¡ay! de las desgracias ajenas, se pierde.

La humanidad, es un inmenso cementerio en el que cada hombre es una tumba, extraña á las que lo rodean.—¿Qué importa?

Cuando agobiados bajo el peso de nuestros dolores, caigamos desfallecientes, la materia se adormirá en el sueño eterno; el alma se transformará para seguir en su divina peregrinación. Entonces empezaremos á vivir.

La conmemoracion de los muertos debería ser el *hossana* de la resurrección.

Cuando la campana de las iglesias, con la poderosa voz del dolor grita á todas las criaturas; Rezad por los que han muerto; nosotros quisieramos gritarles, agitando la inmensa campana de la desesperación: Rezad por los que viven!

Cuando el error, cubierto con la sotana del sacerdote, nos habla de los eternos pesares de la vida del alma, para decir á los

hombres: Llorad sobre las tumbas! nosotros quisieramos decirles, mostrando los sombríos cuadros de la existencia, enseñando la lúgubre, la fatídica historia de la humanidad: Llorad sobre las cunas!

José Pedro Varela.

Noviembre de 1865.

El día de difuntos.

La humanidad tiene un gran libro cuyas páginas contienen nombres ilustres de guerreros, de santos ó de poetas; manchas de sangre, recuerdos inmortales ó fechas imperecederas.

La historia universal fascina como en un panteon, las reliquias de lo pasado.

Por eso se ven reunidos en ella cronológicamente todos los acontecimientos religiosos, políticos ó sociales, que en la sucesion no interrumpida de los tiempos, han dado luz, civilizacion ó infortunios á los pueblos,—es decir, los hechos de su vida, sus costumbres y sus recuerdos.

Abriendo ese libro por aquella parte en que están consignados los grandes afectos del hombre, leemos una fecha que nos llena de santa emocion: 2 de Noviembre, ha escrito allí la mano de la Iglesia, — y ha agregado: *Conmemoracion de los fieles difuntos!*

Así como los cañonazos disparados en los fuertes, los redobles del tambor ó los acentos marciales de las músicas militares, nos avisan hallarnos en un día histórico de la patria ó de la libertad,—en esta fecha, formando el dolor contraste con el placer, mostrando á la vida como un compuesto de alegrías y de lágrimas, el triste sonido de las campanas que tocan á muerto, nos anuncia que ha llegado el día de rogar á Dios por media humanidad, vuelta á la tierra de que fué formada.

Dobles continuados que se escapan de las torres del Templo como gritos de dolor, nos dirán dentro de pocas horas, que ha llegado el 2 de Noviembre, el día de la verdad en que el hombre que vive olvidado de Dios, despertado por la campana que llama á rogar por los muertos, vuelve su mirada para reconocer el camino que ha recorrido y lo vé sembrado de tumbas; el día de la filosofía en que comenzamos á creer que la vanidad de las cosas de la tierra, se desvanece como los fuegos fatuos que se levantan del seno de los sepulcros; el día en que una luz misteriosa nos alumbra el camino que vamos á emprender, y como el andado lo vemos lleno de ataúdes, con los cuales tropezaremos á cada paso; el día en que el llanto estinguido allá en las fuentes del alma, vuelve á saltar de nuestros ojos, ante la imájen querida de una madre, de una esposa, ó de un hijo que perdimos; el día en que la santa Iglesia viene á agitar á todas las majestades de la tierra, con la presencia de la majestad de la muerte; el día en que una sola oracion, unas solas exequias, confunden en una sola familia, á todos los muertos de una misma religion; el día en que, como esclama Chateaubriand, «solo la religion ha podido ensanchar el corazon del hombre, en tal manera que pueda contener tantos suspiros como muertos tiene que honrar.»

El día de difuntos es un paréntesis co-

locado entre las fiestas, porque es el aniversario jeneral de todos los finados.

La Iglesia, nuestra madre en todo tierna, ha hecho de esta festividad un acto de grande amor para con sus hijos.

En ella, despertando la sensibilidad del hombre, le dá un saludable aviso sobre el fin que le espera, y que él olvida aturdido por el ruido del mundo.

El Vizconde de Wualsh lo ha dicho: «Hay gentes que no se ocupan de Navidad ni de Pascua, que no quieren confesar el Nacimiento ni la Resurreccion del Cristo, pero que se ven obligadas á creer en la muerte de su madre, de su padre, de sus hijos acaso....!»

El día de difuntos á mas de llevar en sí este anuncio que como una voz de la muerte llama al hombre á la verdad, tiene otra faz admirable.

Dice San Agustin, «que los que no murieron en pecado, no necesitan de nuestros sufragios y oraciones, ni los que están ya en la patria celestial; y que así la Iglesia ofrece el divino sacrificio y ruega á Dios en general por aquellos que pueden estar necesitados de sus oraciones y sufragios, para que los que no tienen padres, parientes ni amigos que se acuerden de ellos, sean socorridos por esta madre comun, que á ninguno de sus hijos olvida, y á todos los tiene dentro de su corazon.»

He ahí la maternidad de la Iglesia: no solo como un amigo fiel nos anuncia los precipicios del camino, sino que apesar de nuestros pecados, ruega por que el cielo nos libre de las penas que nos purifican.

Ella con un carácter de amor grandioso, no olvida al hombre, aun cuando los siglos hayan reducido á polvo sus huesos.

El Padre Croisset, hablando de los deberes de la Iglesia militante, dice: «Solamente los fieles que están en este mundo se hallan en estado de honrar á los santos con su religioso culto, y aliviar á las almas del Purgatorio con obras meritorias y satisfactorias. Estas son las oraciones, limosnas, ayunos y buenas obras, suplicando á Dios las alivie en sus penas y que despues las conduzca á la patria celestial.»

Hé ahí unida la esperanza al dolor.

No solo la voz que anuncia el peligro, no solo el recuerdo de sus hijos,—son las faces de este día: es la esperanza de satisfacer con cortos sacrificios á la justicia eterna, otro de los rasgos de su amorosa fisonomia.

«Entre los antiguos, dice un escritor francés, los restos del pobre y del esclavo quedaban abandonados y sin honores: entre nosotros, el ministro de los altares está obligado á velar sobre el ataúd del infeliz, como sobre el catafalco del monarca.»

Hé ahí tambien otro de los magníficos recuerdos de esta triste fiesta.

Dios, del cual ha dicho Tertuliano, *que la nada es suya*, no olvida los restos del pobre;—no solo no le destina otras oraciones que aquellas que hace rezar para pedir el descanso del rico, sino que tambien hace que su Iglesia reuna bajo una misma súplica, en un mismo día, todas las jerarquias sociales desligadas en la antigüedad y por las cuales derramó la sangre de su hijo.

La fraternidad católica es algo muy grande, cuya altura vá á perderse en los cielos,

—allá donde el pensamiento solo alcanza imperfectamente.

No importa que ciertos hombres pretendan distinguirse de los demás y formar familias predilectas.

Llegará día, en que como dice un autor, «formen parte de la república de perfecta igualdad, donde nadie entra sin quitarse el sombrero ó la corona, para pasar por la baja y estrecha puerta del sepulcro!»

La muerte es el principio de la igualdad: con la misma mano que arranca la vida del corazon del mendigo, arroja de su solio á los monarcas de la tierra.

Es verdad que el pobre muere silenciosamente y que el cetro y la corona hacen ruido al rodar por las gradas del trono, del que fué señor de los pueblos,—pero ¡ah! ese silencio es mas preferible que las bendiciones de la adulacion, ó los aplausos que al fin concluyen tambien!

Por ventura ¿la muerte no trae consigo la misma corrupcion, cuando el hombre vá á su ultima morada en ataúd de plomo, conducido en carroza dorada, por caballos cubiertos con paramentos negros, que cuando es conducido en el coche de los pobres, envuelto en el sudario del hospital?

Las leyes de la descomposicion penetran del mismo modo en el sepulcro de piedra, que en la sepultura abierta en la tierra!

El cadáver del rico ó del poderoso vá á su última morada rodeado del lujo que hace huir la solemnidad de la muerte, y los pobres que lo ven pasar, admirarán la vanidad y dicen: el valor de los galones que adornan los caballos de ese coche, nos hubiera bastado para comer muchos dias: ¡cuánto boato para conducir el cuerpo muerto de un hombre! ¡cómo contrasta con el entierro de Jesus, el de esa criatura, porque solo una sábana envolvió el cuerpo del mas grande de los reyes!

¡Oh, vanidad! ¡cuánto te esmeras en engalanar al polvo vil, inútil ya,—mas inútil aun que el cadáver del pobre, porque sobre él, el médico lee en el anfiteatro los secretos de la vida y de la muerte!

Grande contraste forman el lujo con la sencillez! El dolor rodeado de la pompa, parece un sentimiento estéril.

Hemos asistido á muchos funerales circundados del lujo mundano, y ninguno ha causado en nuestro ánimo la impresion del de los pobres!

¿Pueden compararse esos grandes cortejos, con aquel que nos describe Saint-Pierre, de una joven naufraga despues de la tempestad que le dá la muerte, y en el cual el séquito lo forman doncellas vestidas de blanco y humildes aldeanos?

Nunca vienen á la memoria con mas justo motivo estas consideraciones, que en el día que la Iglesia designa para conmemorar á todos los fieles difuntos, y en el cual el sentimiento se siente herido con los recuerdos de los que amamos y que ya no existen;—al contar con Gaviria, ¡cuántas veces se ha abierto el sepulcro de nuestra familia!

¿Y quién no tiene que hacer iguales recuerdos?

No hay uno solo; porque como decia Chactas el Natchez á René:—«El corazon mas tranquilo en apariencia, se asemeja al pozo natural de la sábana Alachua, cuya

superficie brilla pura y serena; pero al fijar la vista en el fondo, descúbrese un enorme cocodrilo, que emponzoña las falaces aguas.»

¿Quién no recuerda á una madre ó á un abuelo anciano que vió un día pálido, ríjido, con los ojos cerrados y el crucifijo entre las manos, iluminado su semblante amarillento por la luz de los cirios? ¿Quién no recuerda á algún amigo que amó, á algún depositario de sus confidencias, á alguna esposa fiel?

Y si esos recuerdos no son con alguno en este día, vuelva su vista á los campos de batalla; piense en los naufragos que yacen en el fondo del mar, sin cruz que marque su sepultura; en los pobres que mueren en los brazos de la caridad, y hallará un número bastante crecido de almas, que presenten al Señor sus oraciones.

La comunidad de los muertos, es una familia á la cual hemos de pertenecer. Por eso si hoy no tenemos deudos en ella, pensemos que algún día formaremos parte de sus miembros!

Es una gran verdad que en todo lábio, los suspiros de la muerte ahogan las sonrisas de la vida!

No solo las jerarquías se nivelan *al pasar por la puerta del sepulcro*: la edad tampoco es un título para evadirse de la muerte. Los gusanos de la tumba lo mismo descarnan el rostro del viejo, que las mejillas tersas de la doncella!

La religión católica ha hecho de las ceremonias de la Iglesia en este día, raudales de poesía y sentimiento.

Esa concurrencia que llama á los templos, ese fervor de la oración, esas palabras inspiradas de sus cánticos, ese cambio de los vestidos de las fiestas de los vivos por los negros ropajes de la muerte,—todo las hace bellas, hablando al corazón y á la cabeza, á la vista y al oído, con palabras de admiración y de misericordia!

Este respeto por los muertos que hacia á los Natchez perseguidos, llevar en el destierro sobre sus hombros, los huesos de sus padres,—modificado por la palabra del Sacerdote, hacia en los tiempos en que el misionero les hablaba de Dios, y aun en nuestros días, en ciertos pueblos de América, que los Indios les dedicasen sus solemnidades.

En el día de difuntos colocaban en sus Cementerios sobre los sepulcros de sus mayores, como homenaje de respeto, las flores y los frutos de la tierra que cultivaban!

¡Oh, religión cristiana, todo lo podeis, todo lo haceis, y sobre todas derramais la lluvia de la civilización, que borra las manchas de la barbarie!

Vamos á rogar en este día por los muertos cuyas almas presas en los calabozos del Purgatorio, reclaman nuestras oraciones, para gozar de luz y de libertad! Vamos á unir nuestras plegarias á las salmodias del Sacerdote, para pedir el descanso de los que han muerto lejos de los suyos, y que aun no reposan en tierra bendita!

Como al lado de la muerte está la vida, al pensar en los difuntos no olvidemos las promesas de Jesu-Cristo. La resurrección de Lázaro no es sino un rayo de misericordia, comparada con la resurrección de los justos en el reino de los cielos!

Inclinémonos ante la soberana que tiene

por trono al sepulcro y por súbditos á los Santos, á los Emperadores, y á los hombres de todas las condiciones!

Pensando en los misterios de la muerte y recordando siempre que el premio ó el castigo nos aguardan, preparémonos para esperarla con el alma limpia, cual el brillante que saliendo de las manos del lapidario, vá á ir al taller del joyero, para ser engastado en algún vaso sagrado, ó á servir de adorno á la diadema de alguna imagen de María!

Santiago Estrada.

El Cementerio.

Ha llegado el tiempo de la romería á las lúgubres mansiones de los muertos, tiempo de piadosas ofrendas y de tristes recuerdos.

Los difuntos también tienen su día en medio de la larga noche que los rodea.

La iglesia cristiana, llena de luto, celebra la augusta fiesta de su conmemoración, por eso sentireis estremecerse las bóvedas del templo con el eco del majestuoso *De profundis* que entonan el sacerdote y el fiel creyente ante los altares de la Divinidad.

Si hay horas angustiosas en el curso del año, indudablemente las del día de difuntos son las primeras.

Ante el severo aspecto de la muerte que la imaginación descubre, la alegría huye del pecho, la risa muere en el lábio como la centella en el cielo, y solo la pena ajita el corazón llevando al párpado, amarga lágrima ó dejando escapar sentido suspiro.

Y en verdad no es para menos, es todo el pasado que ha hundido detrás de nosotros cuyas cortinas se corren en este día; es todo un mundo que ha eclipsádose en en el abismo de la muerte y que la humanidad resucita al calor de los recuerdos.

En la inmensa tumba donde tantos reposan, ¿será posible que el hombre no encuentre el caro despojo que un día alentó su amor, su amistad ó su admiración?

La indiferencia y la incredulidad que escribieron en el frontispicio de los panteones:—«Aquí se duerme eternamente»,—la negación que recojió de sobre la humeante pira las cenizas humanas para arrojarlas al viento, podrán no asociarse al melancólico sentimiento que agobia el corazón del cristiano hasta hacerlo caer, á la manera de la Magdalena, sobre la loza de los sepulcros para orar por los muertos.

Pero dejemos á los prosélitos de estas desconsoladoras filosofías seguir su ruta, impasibles dormir debajo del sauce ó ciprés que sombrea el sitio donde yacen los restos del objeto amado.

A su vez pagarán el tributo de la vida, cubrirán la tierra, y las flores que crezcan al rededor de sus huesos, no tendrán cuando marchitas, quien las riegue y cuando secas quien las renueve.

Felizmente son pocos, la grey humana tiene en su seno el germen de Dios, en su conciencia abrigase el sentimiento de la inmortalidad y á los reflejos de esta luz se tejen coronas, se cortan simpáticas ramas en los jardines de la Primavera y se vá á la casa de los muertos para depositar aquellas, para derramar estas, fijo el pensamiento en los que fueron.

No es por el polvo que encierra la cine-

raria urna que el amigo y el deudo la destapan en esta época del año; no es á la memoria á quien se vá á ofrecer el homenaje de la recordación: en una palabra, no es á la muerte á quien se vá á buscar en el sagrado lugar, sino á la vida, al pensamiento, al alma que alguna vez animó los inertes despojos que la piedad conserva.

Es al espíritu inmortal que quizá revolotea invisible sobre la cabeza del hombre, á quien se dirigen las ofrendas, no al montón de arcilla que el tiempo va disolviendo.

Si mas allá de la existencia en este mundo el hombre comprendiese no haber sino el vacío de la nada, el día de difuntos sería una farsa sin sentido, nadie iría á reclinarse la frente sobre el helado mármol, nadie invocaría el nombre de fantasmas ni suplicaría al cielo por sombras vanas.

La vida del hombre es un lago cuyas aguas se escurren aquí, pero que van á brotar mas allá.

Según la expresión cristiana, ella es una larga peregrinación, después de haberla hecho, el hombre pasa á las riberas de otro mundo para seguir viviendo con mas amor y con mas luz.

La cerca del Cementerio no será entonces sino la cerca que separe á esos dos mundos, estando de un lado los hombres, del otro los muertos.

Y en ningún otro sitio será mas posible que estos escuchen la voz de aquellos y lleven el incienso de la tierra á los pies de Dios.

Hagamos, pues, la romería al Cementerio en este día consagrado á las ánimas que quizá nos esperan agrupadas adelantándose á nuestro encuentro las mas queridas.

Abramos un paréntesis á nuestros goces y ocupaciones y cumplamos con los habitantes de ultratumba.—Las conferencias serán silenciosas y tristes, pero elocuentes y mas de una sabia lección recogerá el espíritu.

Allí veremos la modesta cruz con sus carcomidos brazos donde apenas se pinta el humilde nombre del que yace á su pie.

Allí osténtanse el mármoleo nicho y el soberbio monumento con sus nombres bien esculpidos en la piedra que el arte ha cubierto de relieves.

¡También á las soledades de las tumbas van los resabios aristocráticos de la vida!

Pues bien, cada nombre que hiera nuestra vista será el índice de una larga historia de crímenes ó virtudes, cuyas páginas desenvolverá el recuerdo y que leeremos á la luz eterna del tranquilo asilo á donde no llegan los turbulentos murmullos de las pasiones humanas.

Al recinto santificado por la oración del creyente no alcanzan las sutilezas y menzuras sofismas del pensamiento, no es allí tampoco que los mentidos barnices disfrazan la verdad de las cosas.

La lógica de la realidad cae como el martillo sobre el yunque, con sus irresistibles conclusiones, las máscaras se desprenden y las falsas vestiduras se rompen.

Como la cristalina agua que brota de la roca, la verdad brota luminosa de cada sudario, de cada ataúd, y se la vé y se la siente sin poderla negar.

A la última morada arriban las criaturas humanas cargando sobre sus hombros el catálogo de sus obras.

El ángel que custodia la terrible entrada, tómallo y arrójaló á la balanza de la justicia.

Los vivos que hacen la peregrinación del 2 de Noviembre, encuentran al justiciero ángel y perciben las oscilaciones de la balanza.

Id, pues, gentes virtuosas, jóvenes y viejos que anidais en el fondo del alma, impresiones tiernas para los que marcharon á la segunda patria, formad la mística caravana y empezad la jornada.

A la vuelta sabréis algo mas, porque los muertos son á veces los mejores maestros y los mármoles del Cementerio las mejores pizarras donde se demuestra la verdad.

Los malos, los hipócritas, los que respiran en la atmósfera del vicio y han desterrado del alma el aliento de la justicia, huyen, como el diablo de la cruz, del camino que conduce á las mansiones de los difuntos, porque allí campea el desengaño y se vislumbra la mano del Juez Supremo levantándose severa sobre los impostores.

Vosotras, almas tiernas y melancólicas que, como Penelope, tejeis todas las noches vuestros sueños de amor, buscad en el Cementerio las tumbas de aquellos que consumieron la existencia amando y pedidles el secreto de su pasada ventura.

Vosotros, corazones borrascosos y febriles, que no sois capaces de resistir las contrariedades de la vida y que os torceis como los arbustos ante el cierzo de la desgracia, buscad los sepulcros de aquellos que como Job jamás desesperaron.

Nosotros, decididos amigos de las letras, iremos á remover las cenizas de los poetas y filósofos, en busca de inspiraciones.

Eliseo F. Oates.

El día de difuntos.

I

Noviembre empezaba, la tarde era fría,
Las nubes se alzaban, cual negro vapor,
Por entre los pinos el viento gemía
Al lejos silvando con gritos de horror.
Las hojas marchitas que arranca la brisa
Ruedan entre el polvo con triste gemir,
Y mágicas danzas, fantástica risa
Imitan sus vueltas, su duro crujir.
Por los que murieron la iglesia rogaba,
Al viento se une su triste cantar,
Un túmulo negro en medio se alzaba
Un cráneo corona su fúnebre altar.
La puerta del templo rechinando gira,
El preste camina..... la fúnebre cruz
Abrazan sus manos..... el cántico espira....
La cera á lo lejos esparce su luz;
Y el pueblo le sigue la frente inclinada
Pensando en sus muertos que posan en paz,
De tristes recuerdos el alma lllagada,
De fúnebre llanto cubierta la faz.
El sol se ocultaba allá en Occidente
Cercado de nubes en medio del mar;
Ya pálida, muerta, su luz esplendente
Cual entre cenizas la luz del hogar.
Cuando al cementerio la jente llegára
Y ante los sepulcros reza con dolor;
Y pálida cera confusa brillára
Ardiendo delante cual signo de amor.

II.

Mas yo que la amarga vida
Con un viento de borrascas
Navego solo agitado
Por tempestades y calmas;
En el triste Cementerio
Distruido paseaba
Cual camina un extranjero
Perdido en tierra lejana.

Porque solo, abandonado
Como en isla solitaria,
Ni un lazo solo me unía
Con los que me rodeaban.
No tenia un solo amigo
Que al paso me saludara.
Y de tantas sepulturas
Ninguna me interesaba.
Y al ver algunas desiertas,
De alta yerba rodeadas,
Sin luz amiga encendida
Y sin nadie que rezara,
Una dolorosa pena
Sentí dentro de mi alma
Por aquellas sepulturas
Tan duramente olvidadas.
Una entre todas, cubierta
De blanco mármol se alzaba,
Nueva, sus letras de oro
Traidoramente brillaban.
«Memoria eterna, decían,
«De una esposa desgraciada»,
Y la yerba la cubría
Y ni una flor la adornaba,
Un terrible pensamiento
Que el mismo infierno abortára
Nació dentro de mi pecho,
Yaun lo destroza y desgarró.
Si fuese cierto, me dije,
Que allí los muertos pensarán!....

III

Si fuese cierto que en la tumba fría
Convulsivos los muertos se agitasen
Y en continuos esfuerzos noche y día,
Noches y días de furor pasasen!
Talvez alguno con sus secos brazos
La loza empuja que resiste quieta,
Y pugna triste por romper los lazos
Que á su lecho de muerte le sujetan.

IV.

Quizás en amargo llanto
Pasa la noche serena,
Quizá recuerda con pena
Su pasada humanidad!
No encuentra, ¡triste quebranto!
El olvido que buscaba,
Aquel *no ser* que esperaba
Por toda una eternidad!
Quizás horrible desvelo
En su lecho le atormenta,
Y aburrido cuenta y cuenta
Largas horas de dolor;
Filtra del húmedo suelo
Aneha gota de rocío,
Y tiembla el triste de frío
Sin poder buscar calor.
Solo, inmóvil, acostado,
Llora por un compañero:
¡Cuánto el sudario ligero
Es pesado para él!
Si un soplo, aunque fuese helado,
Algun pliegue levantára,
Si sus formas variára
No sería tan cruel!
Y ¡qué fuera si la muerte
Abrigase allá en su seno,
Todo el amargo veneno
De algun gusano roedor!
Maldita, maldita suerte!....
La memoria descarnada
De alguna vida enlazada
A nuestra vida de amor!
Pues sin duda habrán tenido
Aunque en el mundo olvidados,
Séres tiernos, adorados,
Con quien sus almas mezclar.
Si ven tan ingrato olvido
Desde su tumba apartada,
Nunca de llanto regada,
¡Ay! ¡cuánto deben llorar!
¡Conocer ¡ay! que pasaron
Como el surco de la quilla
Que deja, pobre barquilla,
Sobre la espuma del mar!
¡Conocer que le olvidaron.
Que brilló solo un momento,
Sufrir tan duro tormento
Y no poderse quejar!
Oye por solo ruido
En medio de su quebranto,
Del ave nocturna el canto
De tan siniestro gemir.

Oye el lúgubre silvido
Del ciprés que el viento inclina
Y la hoja que rechina
Con triste, duro crujir.
¡Si al menos cuando la luna
Sobre las tumbas ríela,
Y de incierto vapor vela
La fúnebre blanca cruz;
Pudiera sin pena alguna
Dejar la asquerosa huesa,
Y pisar la yerba espesa
Para bañarse en su luz!
¡Si pudiera cuando todos
Duermen en sueño profundo,
Volver solitario al mundo
Donde la vida gozó!
¡Apoyar los secos codos
En la mesa carcomida
Del cuarto donde la vida
Por tanto tiempo pasó!
¡Abrir el libro empolvado
Que tanto le entretenía,
El cajón donde tenia
Mil objetos que mirar;
Llegar trémulo y helado,
Avivar el muerto fuego,
Sentarse cómodo luego
Y calentarse al hogar:
Mas ni ese triste consuelo
Viene á interrumpir su pena,
Solo del gusano suena
El tardo, duro roer;
De un insecto el ronco vuelo
En la hueca tumba helada,
O de la lluvia pesada
El compasado caer!
Y si ¡cruel pensamiento!)
Los muertos también amaran,
Si memoria conserváran,
Fuesen celosos allí!
Amante que tal tormento
Recuerdas triste y medroso,
De ese cadáver celoso,
¿Comprendes el frenesí?
Estar quieto mientras ella,
La muger que se adoraba,
Por quien el alma se daba,
De tu nombre se olvidó.
Verla amante, siempre bella,
De amor roja entre otros brazos
Y repetir los abrazos
Que en otro tiempo te dió!
Escuchar sobre otro pecho
Alguna palabra amada
Que en el tuyo reclinada
Solo pudiera decir:
Y desde tu oscuro lecho
Mirar con rabia impotente
Que besan su labio ardiente
¡Y no poderlo impedir!
Y no poder en la noche
Cuando lejos silva el viento,
Esconderte en su aposento
Mientras al baile se fué;
Y cuando baje del coche
Entre risueña y cansada
Y desate descuidada
Los lazos de su corsé;
Cuando sola ante el espejo
Tire las gasas y flores
Y en las palabras de amores
Piense que acaba de oír,
Del cristal en el reflejo
Mostrarse en rayo luciente,
Esqueleto transparente
Con sardónico reír!
Y con largo beso frío
Devorar convulsamente,
Su seno duro y ardiente
Y sus labios de coral.
Apretar con rabia y frío
Su blanda mano de rosa,
Con mano dura, huesosa,
Que apretó la desleal!
Y despues con ronco acento
Del pecho hueco y profundo,
Suspiro del moribundo,
Poderla decir así:
«¿Qué se ha hecho del juramento
«Que antes de morir me hiciste,
«Cuando falsa prometiste
«Que vendrias tras de mí!
«Muy pronto lo has olvidado
«Mientras yo solo gemía
«Y allá en esa tumba fría
«Te aguardaba con amor;

«Vengo de esperar cansado
«A reclamar tu promesa,
«Lecho común es la huesa,
«Ven, alivia mi dolor!»

V.

En lo profundo del pecho
Como dolorosa herida,
Este extraño pensamiento
Cual cáncer me martiriza;
Y corroe uno á uno
Los resortes de mi vida,
Se hunde mis cansados ojos,
Y se ahuecan mis mejillas!
Pues nada mas horroroso
Ni mas terrible seria,
Que velar en el sepulcro
En una noche continua,
No fuera entonces la muerte
Una solitaria orilla.
En medio de las tormentas
De los mares de la vida
El hombre contra el destino
Ningun asilo tendria,
Ni aun las sombras del sepulcro
Seguro puesto serian.
Y no podria consolarle
Cuando la tormenta silva.
La esperanza de la calma,
Que sigue al fin de los dias!

J. Bermudez de Castro.

Orad por ellos.

I.

El hombre no es la planta que crece sola y olvidada en el desierto.

Otras plantas con sus flores, sus aromas y colores crecen á su lado y forman lo que llamamos la familia.

Aislado en el mundo su existencia seria insoportable. Rodeado de los seres que le han visto nacer, que le han cuidado en su infancia, de aquellos que han crecido á su lado, que han compartido con él sus trabajos y placeres, todos estos seres se identifican, forman, si asi se puede decir, uno solo, y confunden sus ideas y aspiraciones.

El peligro que corre uno de ellos interesa á los otros, y la fortuna que sonríe al uno viene á reflejar en los demas, como los rayos del sol al quebrarse en el prisma de cristal reflejan sobre los objetos que le rodean.

Unidos por el cariño, cruzan el escabroso sendero de la vida, dándose la mano mutuamente en los continuos tropiezos que encuentran á su paso.

La felicidad ó mas bien lo que mas se acerca á ella, lo constituye esa época de nuestra vida, cuando nos vemos rodeados de todo aquello que queremos, cuando no tenemos ningun recuerdo que venga á turbar nuestros momentos de alegría, cuando pronunciamos los nombres que nos son queridos, y éstos nombres nos responden.

Pero ¡ay! llega un dia en que necesitamos de toda nuestra resignacion, de todo nuestro valor, para soportar la prueba á que Dios ha querido someternos.

Llega un dia en que nuestro corazon se oprime, en que nuestros labios, mudos de terror, no pueden pronunciar una palabra.

El sol que ayer alumbró una alma llena de vida, una alma que era un pedazo de nuestra alma, hoy solo ilumina un cadáver.

Oh! nada, nada hay comparable con esto!

Un sueño nos parece todo lo que vemos.

Ayer la animacion, la vida; hoy la quietud, la muerte.

¿La muerte! ¿quién eres? ¿con qué de-

recho vienes á quitarnos lo que nos pertenece?

Ese ser que, envuelto en tu fúnebre manto ha desaparecido, no es un ser aislado que solo por él vivia.

Ese ser constituia la felicidad de una familia, ese ser tal vez era un padre que deja sin pan á sus hijos, ese ser tal vez era un hijo con cuyo trabajo alimentaba á sus ancianos padres, ese ser acaso era una esperanza para la patria, en esa cabeza que hoy descansa helada en el lecho de la muerte, acaso germinaba una idea que descubriese á la humanidad su problema.

Y sin piedad alguna, como el salvaje que no repara en las huellas de sangre que los cadáveres de sus víctimas van dejando en la tierra, sigues serena tu camino.

¿Y le llevas para no volverle mas á la tierra!

¿Qué sed implacable te devora?

¿Dónde le conduces? Explicame al menos qué vas á hacer de él.

¿Vas á convertirlo en la nada?

¡Mentira! ese poder no tienes.

¿Vas acaso á conducirlo á un Paraíso? ¿vas á darle allí lo que aquí no pudo obtener?

Entonces ¿á qué vino el hombre á la vida, á qué hacerle pasar por esa prueba?

¡Justicia eterna! yo no puedo comprender tus fallos.

.....

II.

Trás la ruda tempestad que arrastró en su violencia cuanto encontró á su paso, aparece el sol dando nueva vida con sus rayos á la naturaleza toda.

El tranquilo arroyo que se había convertido en un torrente, vuelve á tomar su curso, y las olas un momento antes enfurecidas, van calmándose poco á poco hasta rozar apenas su superficie cristalina.

El ave que huyó despavorida á ocultarse en el fondo del bosque, vuelve á tender su vuelo en el espacio, entonando los himnos con que saluda al rey del dia que aparece.

Todo en la naturaleza vá tomando ese aspecto de encantadora belleza, que el temporal le había arrebatado.

Las huellas que dejó en su camino, se han borrado completamente.

III.

El hombre no es la naturaleza que recibe nueva vida del sol que luce despues de la tempestad en el horizonte.

Si las huellas que deja aquella se borran completamente, la herida que recibe el corazon no se cierra jamás.

Decidlo vosotras las que habeis tenido la fatalidad de perder algun ser querido.

Seguro estoy que no lo habeis olvidado nunca.

Si la resignacion que Dios nos ha dado á todos, ha hecho que podais sobrevivir á vuestra desgracia, vuestra herida sin embargo ha permanecido abierta. En medio de vuestros placeres, su recuerdo ha hecho asomar las lágrimas á vuestros ojos.

Y tal vez en medio del bullicio de un baile y mezclada á las armonías de una orquesta, hayais pronunciado una oracion por un ser que se alejó de este mundo.

No es cierto, no, que el olvido cae sobre la loza del sepulcro, apenas se haya cerrado.

Preguntad á una madre si ha olvidado á su hijo.

Ella os contestará con las lágrimas en los ojos cada vez que de él le habléis.

Ella os dirá que antes que el sueño venga á cerrar sus párpados todas las noches, su labio ha elevado una plegaria al Todo Poderoso por su eterno descanso.

Preguntadle si ha olvidado esto alguna vez; seguro estoy que os contestará: nunca.

Verdad es que el cariño de la madre, está arriba de todos los cariños.

IV.

La sociedad está de duelo.

A la animacion bulliciosa, á esa alegría exterior, constante, ha sucedido esa animacion muda y un velo de tristeza que cubre todos los semblantes.

Una multitud vestida de negro se encamina silenciosa á la última morada del hombre.

En el sagrado recinto cuyo silencio era apenas turbado un momento antes por el pico del sepulturero, al abrir una fosa, se oyen ahora las voces de los sacerdotes y ese murmullo sordo que produce la oracion al salir de los labios.

Es el oficio de difuntos que se celebra.

Un pueblo entero arrodillado, escucha la voz del Ministro del Señor.

El espectáculo es imponente; ¿quién no se siente impresionado á su vista?

Los sepulcros han cambiado de aspecto.

Una mano amiga ha sacado la yerba que crecia descuidada en los bordes de la loza.

Las coronas de siempre-vivas que las adornaban y en las que la lluvia y el sol habian impreso su sello, han desaparecido.

Otras nuevas coronas lucen en todas ellas.

A su pié están arrodillados, niños, jóvenes y ancianos.

Mirad: tended la vista y vereis cerca de vos una anciana bañada en un mar de lágrimas. Es una madre que perdió su hijo, único apoyo que le quedaba en su vejez. Está ocupada en sacar las hojas secas que tiene una enredadera que plantó en su sepulcro.

A su lado está un hombre con dos niños, bellos como dos ángeles.

Esos han perdido su madre; toman con sus pequeñas manecitas, las flores que colocan en el enrejado de fierro que rodea su tumba.

Mas allá está un jóven al través de cuyo semblante aparece el inmenso dolor que su corazon oprime.

Vedlo; no separa la vista de la loza funeraria.

Sus ojos no lloran, porque las lágrimas se han agotado en ellos; porque su alma está desgarrada.

Allí, bajo aquella piedra, descansa la que un dia debió ser su compañera en la vida.

Allí están encerradas todas sus ilusiones, toda su felicidad, todo su porvenir.

Eran dos corazones nacidos el uno para el otro.

La muerte vino á tronchar una de esas vidas matando la existencia de la otra.

Porque el amor verdadero solo vive con el objeto amado, como la flor vive, con la tierra y el aire que la dá la vida.

Ved mas adelante una bellissima jóven que apenas contará veinte abriles.

Triste como los últimos rayos del sol al ocultarse en el horizonte, está arrodillada al pié de un sepulcro.

Las lágrimas corren una á una por sus mejillas.

Imposible parece que á esa edad, la desgracia le haya alcanzado.

Y sin embargo, ¿si supieseis su historia!

Apenas dos meses hacian que se hallaba unida con el que habia sido su primer amor.

Nada les faltaba; nada ambicionaban.

Amándose con ese amor puro que sienten los corazones vírgenes, la tierra era para ellos el paraíso soñado.

Pero la felicidad cuando llega á cierto grado, desaparece, como la hoja arrastrada por el torbellino, y á tal grado habia llegado la suya que era imposible subsistiere.

Por eso la veis arrodillada al pié de ese sepulcro que es el de su amor primero.

La corona que lleva en la mano, ella misma la ha tejido, y viene ella misma á colocarla.

Do quiera que tendais la vista, vereis esas escenas mudas que conmoverán vuestro corazón; y si dado os fuera conocer la historia que cada una de ellas encierra, seguro estoy que las lágrimas asomarian mas de una vez á vuestros ojos.

V.

No obstante; el sentimiento que es la vida no existe en todos de la misma manera.

Como esas flores que caen deshojadas apenas abren su capullo, vá perdiéndose en algunos, al estremo de desaparecer completamente.

Para estos seres desgraciados los lazos que le unen á la vida no existen.

El amor de la familia es una flor, que á pesar de todo su aroma no llega á su alma.

Sus corazones son duros como la piedra. Nada hay que les conmueva ni les admire.

Las lágrimas vertidas por la madre en la tumba del hijo, ó las que vierte el hijo en la tumba de la madre, son para ellos objeto de burla y de desprecio.

Por eso les vereis en este día haciendo mofa de cuánto les rodea.

Seres indiferentes que entraís en la mansion de los muertos como si entráseis en un café ó en un circo, vosotros á quienes las ceremonias mas solemnes no os imponen respeto, vosotros que en nada creéis en el mundo, no vayais á profanar con vuestra presencia aquel recinto sagrado, no entreís allí, que ese lugar no os pertenece.

VI.

Padres, hijos, esposos, vosotros todos los que hayais perdido un ser querido; id á renovar en su tumba las flores que le pusisteis en otro tiempo.

Mirad que la lluvia y el sol las han marchitado, y que tambien la mansion de los

muertos necesita de sus flores en este día, como la de los vivos en los otros.

Id; embellecedla con vuestras flores y vuestra presencia los que sabeis sentir, los que al entrar en ese recinto hallais vuestro corazón conmovido de veneración y respeto.

Cortad, tímidas doncellas, las flores de vuestro jardín, llevad las que teneis en vuestros salones, y al colocarlas en la tumba de los seres queridos, arrodillaos y orad, orad por ellos.

Noviembre de 1865.

Fray Genaro.

La voz de los sepulcros.

I.

La noche se acercaba.

Yo habia oído su clarín. La lechuza acababa de cantar.

La naturaleza y el alma, como dos harpas heridas por una mano invisible, desprendian un acorde indeciso y vago—la *melancolia*.

Bajaba el Rey de las esferas á su tumba, envuelto como los reyes de la tierra en un sudario de sangre; y el mar se estremecía en sus abismos, como si sintiera batir las olas de los espíritus errantes de la noche.

Ya el trovador de las tardes, el céfiro galante, sentia los redobles que anuncian la llegada del celoso viento, y con trémula voz pedia un asilo á la flor que se le entrega ó al árbol conmovido.

Exhalaban las campanas sus enormes suspiros, y el eco las repetia menos vibrantes, pero mas siniestros.

II.

Montevideo, en medio de las sonrisas del verano, con la corona de los encantos vírgenes, con las galas de la dicha, parecia detenerse en su carrera, y sentarse á la sombra de una trizteza lúgubre como una coqueta encantadora que en medio de los jiros fantásticos del baile, risueña, embriagada, se detiene de repente, se sienta, clava sus ojos en la ondulante alfombra y medita.... quizás en la muerte cuyo soplo profético y helado, acaba de rozar su seno descubierta.

III.

El Cementerio y la noche!

Las sombras se cernian sobre las tumbas. La ausencia de la luz parecia desposarse con la ausencia de la vida. La nada superponiéndose á la nada! ¡qué problema insoluble! Por otra parte, ¡qué enseñanza simbólica! La ignorancia es la compañera de la muerte. El miserable gaucho tiene dos verdugos—la guerra civil y el desierto.

IV.

Hay entre la noche y la tumba, una hermandad secreta de contrastes.

¿Qué es la noche? Es una selva espesa, sombría, misteriosa, llena de suspiros, de lamentos y de gritos estraños. A cualquier parte que tendais la vista, divisais objetos confusos é indecisos que se mueven, que viven, es cierto—pero con la vaguedad tenebrosa de los sueños. Al mas leve ruido que alceis, á la menor palabra, os figurais que innumerables ecos se levantan y aho-

gan nuestro ruido, nuestra voz. Si haceis el mas lijero movimiento, os parece que la selva entera se conmueve. Desearíais ser una sombra silenciosa y desvaneceros entre aquella oscuridad.

¿Qué es la tumba? Acercaos á ella y lo sabreis. Es lo contrario de la noche; es una caverna, inmensa, vacía, helada, sin rumores, sin gritos; ni un hálito se agita bajo esa bóveda terrible. El pensamiento quiere sonar esa caverna, quiere encontrar en alguna parte un rayo de la vida que le anime, algo que le diga: No estás solo, yo vivo como tú. Pero, ¿qué encuentra? Nada; ese horrible espectro le aparece do quiera. Al fin os decidís á interrogar esa caverna; hablais, pero vuestra voz se pierde en el vacío; ni un eco lejano quiere responderos; vuestra lengua es de mármol. El silencio de las tumbas! ¡qué orquesta infernal! Os moveis en aquella inmensidad; y bien! todo permanece inmóvil; una quietud glacial os detiene y os hace dudar de vuestro mismo movimiento; nada podria conmover aquellos impenetrables muros; estáis cara á cara con LA MUERTE! ¡Qué torbellino misterioso! Una enorme evaporación de frío se exhala de aquellas piedras y coagula la sangre en vuestras venas; una sombría irradiación de dudas se escapa de aquella soledad y os hiela el pensamiento—¿Dónde estamos? ¿Quién aquí nos conduce? ¿Quién vendrá á libertarnos? ¿En dónde está la puerta? ¿Quisierais tener la omnipotencia de un Dios para romper aquella bóveda siniestra, traspasar aquella mansion de muerte, y divisar el cielo de las perpétuas sonrisas, volar á la morada de la eterna vida!

V.

Yo caminaba á pasos lentos por las floridas calles del Cementerio, cuando dos hombres con aire indiferente, con una pala al hombro y entonando una canción burlesca, pasaron por mi lado, sonrieron al ver mi semblante de tristeza y me hicieron temblar.

Al instante se me representaron los sepultureros del Hamlet, cantando al compás de las calaveras que se chocan....

Y es cierto, Dios mio! Junto á la ciudad bulliciosa de los vivos, se levanta la ciudad severa de los muertos; hay hombres que edifican la morada del hombre; y hombres que edifican la morada del cadáver; y estos, como aquellos sonrien al ver terminado su trabajo, y con avidez reciben su salario; y luego compran el pan que la esposa y los hijos recibirán sin turbarse. Dicen tambien que los verdugos descargan impasibles el hacha fraticida; dicen que su cena es tranquila; dicen que su sueño es dulce!

VI.

Los que quereis meditar sobre las tumbas; los que deseais aspirar la brisa desconocida de un mundo entrevisto; los que anhelaís sentir el roce de una impresión fantástica: no vayais al cementerio cuando el ruido de los hombres os vuelva al pensamiento de la vida; cuando las golondrinas, volando en espirales, os lleven el recuerdo de las alegrías terrestres; cuando los rayos del sol, calentando los sepulcros, os simbo-

licen el calor de las pasiones que fermentan en la arcilla humana!

Id al Cementerio, cuando la noche con una onda lenta invade los espacios y cubre el remolino de la arena, agitada por las ráfagas humanas; id, cuando la lechuza acurrucada en una cruz, os represente la conciencia sombría de las miserias y de los crímenes; id, cuando el rocío de la noche moje el mármol de las tumbas, cuando al tocarlas os parezca que tocais la calavera de un muerto!

VII.

La noche avanzaba.

Las paredes del Cementerio con sus aglomerados nichos, proyectaban una sombra inmensa sobre la arena que sentía crujir bajo mis pies. Yo caminaba lentamente; me detenía en cada lápida, leía con esfuerzo su inscripción, y en seguida me alejaba. Mil ideas confusas. mil impresiones extrañas se aglomeraban en mi alma, pero no la absorbían.

Yo había ido á visitar las tumbas en busca de algo mas que una impresion efímera; impelido, no por un capricho pasajero, sino por un sentimiento fijo.

Cuando el sol se oculta en el ocaso, no clareas la vista en el ocaso; llevadla al Oriente; allí donde nació ha de renacer el astro.

La salvacion de un pueblo, cuando su porvenir pelagra, está en los panteones de su gloriosa historia; allí vivirá con sus recuerdos, con sus antiguas banderas, con la espada enmohecida de sus viejos héroes, con los cantares extinguidos de sus laureados poetas!

Así tambien, en los momentos de duda para el alma, cuando el horizonte de la patria se oscurece, la tumba de los muertos gloriosos puede encerrar un rayo trasparente de certidumbre y de aurora.

Yo iba á escuchar la profecía de la Sibila sepulcral!

VIII

Así vagué largo rato, interrogando en vano todos los sepulcros.

La Sibila permanecía muda. Al fin me detuve ante la magnífica Rotunda. Una fuerza extraña me hizo descender una escalera; ¡estaba en el panteón!

A los últimos rayos del crepúsculo que penetraban en la estrecha bóveda, divisé entre un grupo de banderas blanco-azules una urna cineraria.

Artigas! exclamé; y al espirar en mis labios la palabra, me pareció que aquella urna se movía; que las heladas cenizas rompían su prision, y que animadas de un calor divino delineaban en la sombra la figura de un guerrero que agitaba en sus manos la bandera de la patria. Artigas! exclamé, y ante mis ojos pasaron como una epopeya de fantasmas, aquellas eternas jornadas en que el intrépido caudillo, ora domaba la altivez del Leon Hispano revolcando sus melenas en el polvo de las cuchillas; ora defendía con sin igual denuedo, con firmeza romana, el suelo sagrado que la traidora diplomacia entregaba al astuto Lusitano. Yo veía en aquel guerrero el primer latido de una nacionalidad que vivía en el corazón del pueblo, la primer palabra de una

creencia confusa de las masas, el primer héroe de esa batalla no concluida de la nacionalidad Oriental; y veía despues que en la historia de mi patria, ese primer latido repercutía en corazones nobles, que esa primer palabra resonaba de nuevo en entusiastas labios, y que nuevos héroes ora pasaban el símbolo glorioso por toda la República, ora la clavaban en las almenas de una muralla incontrastable, ora entre las piedras calcinadas de un muro derrumbado.

Yo miraba con fijeza aquella urna y me parecía que la urna se derramaba en la historia y la empapaba en hazañas!

Ah! la Sibila de los sepulcros respondía á mis preguntas agitando su varilla misteriosa!

IX.

De repente, todas aquellas alucinaciones de la noche cesaron; y todo fué á mi alrededor—inmovilidad y silencio.

Una profunda meditacion se apoderó de mí.

—Caudillo, dije, tú eres en la historia la fuente del valor indomable; ¿eres tambien la fuente de la virtud? Si eres el primer héroe de la nacionalidad que es la conciencia de la patria, ¿serías acaso el primer héroe de la libertad, que es el alma misma de los pueblos? Caudillo, tu acero ensangrentado ¿será el emblema del futuro?

Nadie respondía; y aquel silencio me desgarraba el corazón.

—Caudillo, pensaste que la bandera de la patria flamearía con orgullo en manos del caudillo, pero no del ciudadano; pensaste que para hacerla ondular, bastaba la brisa del desierto, no la brisa del Derecho; pensaste que era necesario clavarla en la cumbre de las cuchillas y no en el alcázar de las leyes! Te embriagaste de poder, y en un momento de delirio profanaste á la virgen Libertad, que con la fresca guirnalda caminaba al altar, de sus destinos. Enfrenaste los desmanes del airado usurpador, pero no supiste enfrenar tu voluntad! La semilla del despotismo que tus manos arrojaron á los vientos, ha germinado en el suelo de la América, fecunda en caudillos. Desde que el insensato Otorguez subió las escaleras del Cabildo en su corcel salvaje, no hay barreras ni hay respetos para los que como aquel y como tú saben blandir una lanza y conocen las cuchillas, y los montes, y las sierras.....

La Sibila había sellado sus labios para no abrirlos mas. El mismo silencio respondía siempre á las mismas dudas.

—Ah! tú no encierras el porvenir de la patria! dije tocando la urna inmóvil y sombría; y me alejé desesperado.

X.

Cuando salí la luna iluminaba suavemente el cementerio, y un viento fresco sacudía la arboleda, que parecía inclinarse ante mí paso con terrible ironía.

Dirijí á todos los sepulcros una nueva mirada de ansiedad y mis ojos extraviados se detuvieron en un monumento que creí que me llamaba con una sonrisa augusta.

Yo conocía aquel sepulcro; muy niño aun me había detenido junto á él, y desde

entonces, había construido para el muer un nuevo monumento en mi memoria.

Corrí hácia aquel mármol que sonreía y una y mil veces leí con avidez estas sencillas y majestuosas palabras: *A la memoria de Adolfo Berro, la juventud de su patria.*

—Gracias, Sibila! de nuevo te ajitas y me hablas desde tu trono de piedra!

Yo veía pasar ante mis ojos, como una comitiva de mujeres enlutadas y llorosas. todos los dolores de la patria; y luego se sentaban al pie de aquel sepulcro, y aquella lira de mármol derramaba sobre sus frentes angustiadas, gratas canciones de consuelo y de esperanza.

El osado caudillo pasaba tambieu ante el sepulcro, se prosternaba, y, ¡cosa singular! el laud miraba con desprecio y altivez á la lanza omnipotente.

La lechuza en ese instante lanzó un chirrido siniestro, y las dudas de mi alma despertaron de nuevo.

—¿Qué importa, dije, que un poeta inspirado haya exhalado un canto de esperanza, si el canto se ha extinguido ya en sus labios, si no ha vuelto á resonar en labios orientales?—La lira de la patria es esa lira de mármol; la juventud la ha esculpido en el sepulcro, y desde entonces sus cuerdas están inmóviles y heladas. Adolfo Berro lloraba sobre la tumba de su patria como Romeo sobre la tumba de Julieta, aspirando el perfume de su guirnalda todavia fresca;... para morir despues....

Pero Julieta vive y vivirá! dijo la Sibila. Un día el poeta se hará pueblo; sus himnos de caridad y de concordia se trasformarán en el himno fecundante de la paz!

XI.

La Sibila calló; y yo me alejé de aquel sepulcro llena el alma de la santa profecía.

En el camino iba leyendo maquinalmente las inscripciones de todos los sepulcros. En algunos leí el nombre de personas que vivían. Ah! es necesario tener una casa para vivir el invierno, y una quinta para vivir el verano, y una tumba para vivir la eternidad!

Al salir, una idea extraña, horrible, cruzó por mi mente: Y si la patria muere! ¿Cuál será su tumba?

Cuando se habla de la muerte de la patria, la misma muerte se horroriza.

Todos los sepulcros se movieron, y yo escuché una voz formada por un acento de todos los sepulcros y esa voz decía:

El corazón de los buenos!

C. M. R.

La Semana.

La Revista en sus ediciones ordinarias lleva siempre un artículo denominado *La Semana*; justo es que en una edicion extraordinaria lo lleve tambien.

Permitanme pues, los lectores de la Revista que les ofrezca:

LA SEMANA DE LOS MUERTOS.

(Imitacion de Larra.)

I.

Acababa de morirme y estaba triste

El viaje hasta el otro mundo es poco pintoresco; apenas si en el camino se encuentran algunos montecitos que varían algo el paisaje siempre igual que se divisa.

La muerte caminaba á mi lado y aumentaba mi aburrimiento con su silencio.

Me aterraba la idea de que iba á encontrarme en un punto completamente desconocido, sin tener en él ningun amigo que me dirigiera.

Durante mi permanencia en la tierra me habian hecho tales descripciones del otro mundo, que ya tenia miedo de ir á él, sobre todo sin llevar cartas de recomendación.

De pronto sentí una voz que interrumpia mis profundas meditaciones y que me decía: Hemos llegado. Era la de la muerte.

Efectivamente, nos encontrábamos en la puerta del otro mundo. Golpeamos.

La Medicina salió á abrirnos. Es el portero del otro mundo, y se porta bastante bien, porque siempre está dispuesto á abrir á los que llegan de la tierra.

Pasé adelante y la puerta se cerró tras de mí. Desde ese momento me encontré convertido en un habitante de la ciudad de los muertos.

Vagaba al acaso, mirando aquellas caras, desconocidas cuando sentí que me gritaban:

—Hola! *Cuasimodo*, tú por acá.

Me dí vuelta para ver quien me hablaba, extrañando que hubiera allí uno que me conociera. Era mi amigo el Escepticismo, que se paseaba en traje de muerto.

—¿Qué milagro, tú por aquí? le dije.

—¿Qué quieres? me contestó; los muertos se estaban olvidando de mí, y como en la tierra hace ahora tanto calor, me vine á pasar una temporada en este mundo que es mas fresco—Pero tú ¿cuándo has venido?

—Acabo de entrar en este momento.

—Pues vienes á propósito, porque hoy estamos de baile.

—¿Cómo de baile! Que se baila tambien entre los muertos.

—Ya lo creo! y se baila magnificamente.

¿No quieres ir?

—Pero, hombre, no estoy invitado.

—No importa yo te presento. Tengo mucha relacion con el dueño de casa.

—Acepto, como una originalidad, apesar de que estoy cansado del viage. La muerte es tan aburrida! Me hace acordar de algunas de mis conocidas de la tierra.

—Es cierto, me contestó. Pero dame algunas noticias de esa tierra del diablo en la que siempre se anda con máscara. ¿Qué tal está la novena de Animas?

Y seguimos conversando así, mientras llegaba la hora del baile.

II.

Eran las once de la noche cuando entramos á la reunion.

Despues de saludar al dueño de la casa, y de hacerle los cumplimientos de estilo, nos fuimos á dar un paseo por los salones.

Yo miraba y remiraba á todos aquellos muertos y no encontraba ningun conocido.

—Tienes que presentarme, dije al fin, al Escepticismo; no conozco á nadie.

—Es natural, me dijo; aquí no viene sino lo que echan de la tierra.—Ven, te presentaré algunos amigos.

Nos dirigimos á una señora que estaba en un extremo de la sala. Al acercarnos, mi amigo el Escepticismo dijo presentándomela:

¡La Señora Virtud!

—Señora, dije yo, y me incliné.

—¿Hace mucho que está Vd. aquí, señor

Cuasimodo? me dijo amablemente.

—No señora, hace poco que he llegado y á la verdad, me extraña el encontrar á Vd. aquí.

—Efectivamente, pero mi hermana Honradez y yo, no podíamos vivir en la tierra; el fraude y las miserias no nos dejaban descansar, así es que nos resolvimos á venirnos al otro mundo.

—Muy bien hecho, dije yo por decir algo.

—Y vea Vd. despues no lo hemos sentido, porque hemos encontrado aquí muchas conocidas. Por ejemplo, vea Vd. aquella niña de formas morbidas y elegantes, que conversa ahora con Escepticismo. Nole parece á Vd. muy linda.

—Preciosa! Señora, dije en voz alta y agregué mentalmente: bailaré con ella una polka.

—Es la señorita Pureza. ¿Vd. no la conocerá?

—Sí señora, de nombre; pero no la he visto jamás.

—Es cierto, no ha estado nunca en la tierra, á pesar de que es muy nombrada allí.

Esto se va haciendo largo, dije para mis adentros y para separarme de Virtud, le dije con aire pedantocrata:—Voy á tratar de conocerla. Hasta dentro de un momento.

Y me dirigí hácia adonde estaba Pureza que en efecto era divina.

Quiero que me presentes á esta niña, dije á Escepticismo que estaba con ella, y agregué despues de la presentación: ¿No quiere Vd. acompañarme en esta polka que van á tocar?

—Con mucho gusto, y tomando mi brazo nos pusimos á pasear por los salones.

—¿Está Vd. sola aquí? le pregunté por empezar la conversacion.

—No, me contesto, somos cuatro hermanas: Bondad, Inocencia, Pudor y yo.

—Pero ¿las cuatro están aquí?

—Sí. No hemos podido llegar hasta las riberas de la tierra. Siempre que hemos querido, ir el soplo helado del mal nos ha rechazado. Ahora estamos resueltas á no ir mas.

En ese momento sonaron los primeros acordes de la música. Era una polka divina de Ascherlá que tocaban—Bailemos, le dije.

Y me dispuse á rodear su cintura con mi brazo y á que apoyara su hombro en el mio: pero en el otro mundo se baila de distinto modo que en la tierra. Media vara nos separaba. Bailar así, es no saber apreciar las delicias de una polka.

Un momento despues la sentaba é iba á reunirme con Escepticismo.

En el camino siento que una mano se apoyaba en mi hombro y que una voz me decía:

—¿Me conoces?

—No, le respondí, tú nunca has estado en la tierra.

—Es cierto. Soy Verdad, y quiero darte un consejo. No le creas á Escepticismo.

—Si es muy amigo mio!

—No importa! Despues de sembrar la duda entre los vivos, viene á sembrarla entre los muertos y hacer que los habitantes de las tumbas se hagan escépticos. No le creas!

—Trataré de complacerla á Vd., le dije y fui á reunirme con un amigo.

Despues de haber visto la sociedad brillante, me dijo Escepticismo: ¿Quieres que

vamos al salon donde están generalmente las notabilidades políticas!

—Vamos allá, le contesté.

III.

Era un vasto salon, sembrado de pequeñas mesas, en las que habia, toda clase de juegos, y que la mayor parte estaban ocupadas.

La venerable figura de uno de los que jugaba á las cartas, en una mesa ocupada por cinco personas, me llamó la atención.

¿Quién es aquel muerto? le pregunté á Escepticismo:

—Es el gobierno delegado.

—¿Cómo! El gobierno delegado en esqueleto! Esto me asombra; solo estoy acostumbrado á verlo en traje de gala—Además, yo acabo de dejar al gobernador con sus pobladas patillas, rebosando salud y satisfaccion. Se ocupa del gran proyecto de crear un obispado. Y, segun creo, los que están vivos, no están muertos.

Escepticismo, me miró con una mirada de lástima durante algunos momentos, y despues con una voz que parecia un silbido, me dijo friamente:

—Oye y aprende—La tierra es una sombra de este mundo. Todo en ella es un reflejo de lo que dieran ser. Hay una *sombra* de Gobierno, á quien ausilia una *sombra* de patriotismo, y una *sombra* de inteligencia y una *sombra* de prestigio que dá una *sombra* de libertad, á una sociedad que es una *sombra* de un pueblo.

Hay una *sombra* de conveniencia y una *sombra* de justicia con las que se cubre una *sombra* de alianza, que va á llevar una *sombra* de civilizacion, á la *sombra* de una *sombra* de nacion.

Hay una *sombra* de prensa libre, que invoca una *sombra* de derecho para hacer una *sombra* de oposicion y que ha nacido de una *sombra* de revolucion á quien ausilió una *sombra* de probidad política.

Hay una *sombra* de dignidad, que está como oculta por una *sombra* de adulacion que es mas sombría que la *sombra* de la dignidad.

Hay, en fin, una *sombra* de todo lo que debiera ser y hasta en lo que yo te digo no hay mas que una *sombra* de verdad.....

IV.

Me desperté despavorido. El sudor cubria mis sienes. Mi corazon golpeaba violentamente la cárcel del pecho. Los lúgubres recuerdos de mi sueño me agobiaban.

¡Oh! me dije á mi mismo, busquemos en el corazon la fuente que apague mi sed, el bálsamo que mitigue mi dolor.

¿Qué hay en él? Fatalidad. Junto á la tumba de la religion: Aquí yace la fé! junto á la tumba de la patria: Aquí yace la opinion política: junto á la tumba de la esperanza: Aquí yace el amor!

¡Ah! soy un cadáver!

V.

He hecho mal en ponerle la *Semana* á este artículo. La *Semana* de los muertos debe ser el año.

Entre cada semana de esta clase median doce meses.

Así pues, hasta dentro de un año mis bellas lectoras y que el disgusto que pueda haberos causado con esta crónica, dure tanto como dura la conmemoracion de los muertos: VEINTE Y CUATRO HORAS.

Cuasimodo.